

**CUADRO SEGUNDO.**

Salon de verano en la quinta de Novoa; al fondo una galería que deja ver un terrado adornado con estatuas y jarrones, y cerrado por una balaustrada; una escalera de poca altura da paso al resto de los jardines. En el salon á la derecha del actor, una ventana, y cerca de ella un piano, á la izquierda un velador cubierto de libros y periódicos; muebles elegantes, floreros llenos de flores naturales, un brasero.

**ESCENA PRIMERA.**

MARGARITA, DOÑA ELENA, LUISA, DOÑA TRINIDAD,  
D. RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ.

Al alzarse el telon algunas jóvenes en traje de verano pasean por el terrado, D. Ricardo habla y rie con ellas, el Doctor Gonzalez lee un periódico; Doña Elena envuelta en pieles, y rodeada de cojines de terciopelo y de tapicería, está sentada á la izquierda, leyendo y aproximando su mano de cuando en cuando al calor del brasero: Margarita sentada junto á su madre borda en tapicería: Luisa arregla flores en un jarron, Doña Trinidad sentada á la izquierda hace calceta.

**RIC.** Convenido, niñas, convenido. (Á las jóvenes que están en el terrado.) Señoras, estas niñas desean (Entrando en el salon.) valsar un poco en el terrado.

**ELENA.** ¡Cómo! con un sol de Junio...

**RIC.** (Poniéndose los guantes y aproximándose á Margarita.) Es que las flores no temen al sol. Margarita, me atrevería yo á

esperar?...

**MARG.** ¡Oh! yo... yo temo al sol, doy á usted gracias; prefiero tocar. (Se levanta y se dirige hácia el piano.)

**RIC.** ¡Siempre cruel! (Á media voz cuando Margarita pasa á su lado.) ¿Y usted, Luisita, quiere favorecerme?

**LUISA.** Con mucho gusto. (Tomando el brazo de D. Ricardo.)

**RIC.** ¡Siempre encantadora! (Á media voz.) Vamos, señoritas, en baile. (Alto y dirigiéndose al terrado. Margarita empieza á tocar un vals, Ricardo, Luisa, y las otras jóvenes empiezan á valsar y desaparecen.)

**ELENA.** ¿Ha visto usted mi nuevo invernadero, Doctor?

**DOCT.** No, señora. (Levantándose.)

**ELENA.** Pues es preciso que se le enseñe á usted yo misma, si puedo arrastrarme hasta allí.

**DOCT.** ¿Qué es eso de arrastrarse? Cuando ostenta usted una salud y una robusted... Está usted hoy por la mañana fresca como el rocío.

**ELENA.** ¡Mejor diría usted fria como la escarcha! Es una cosa extraordinaria, en los veinte años que han trascurrido desde que vine de Méjico á las provincias del norte de España, todavía no he podido entrar en calor.

**DOCT.** ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! El frio vigoriza, conserva... (Pasando á la derecha.) Y usted, doña Trinidad, ¿cómo se encuentra hoy?

**TRIN.** (Con tono delicado.) ¡Oh! siempre débil, Doctor, he tenido vértigos toda la mañana.

**DOCT.** ¡Buena! ¡tanto mejor; perfectamente! señal de fuerza.

**TRIN.** (Con tono confidencial.) Es que el disgusto me consume, Doctor. ¡Se me trata aquí tan indignamente!

**DOCT.** ¿Todavía? pues cómo...

**TRIN.** No ha reparado usted en el almuerzo... Me ponen las croquetas frias... los sesos sin rebozar... todas las iniquidades posibles!... soy el juguete de los criados... Comprende usted lo que es eso, Doctor, cuando una ha comido en vajilla de plata y blasonada!... ¡Ah! nadie sabe lo que yo sufro en esta casa, ni lo sabrá jamás, porque cuando una es altiva no se queja!... ¡Bien ve

BIBLIOTECA ALFONSIANA



usted que yo no me quejo, que me callo; pero siempre estoy pensando en lo mismo!

DOCT. (Impacientado.) Sí, sí, no hablemos más de eso, y refresque usted frío, muy frío... esto la calmará.

TRIN. ¡Ah! ¡nada podría calmarme... mas que la muerte!

DOCT. Basta, señora, (Volviéndose hácia el terrado, donde aparecen de nuevo los que bailan.) basta. ¡Este don Ricardo es infatigable! Despues de haber corrido á caballo toda la mañana, baila como un desesperado. (Repentinamente se interrumpe el vals al ver los que bailan en el fondo á D. Luis, que aparece con un álbum bajo el brazo, y un pequeño saco de viaje en la mano: Fabian le acompaña.)

### ESCENA II.

DICHOS, D. LUIS, FABIAN.

MARG. ¿Qué es eso? (Levantándose y dejando de tocar.)

FAB. Señora, es el señor de Velasco, el nuevo mayordomo.

ELENA. Cómo... ¿ese? (Incorporándose para ver mejor á D. Luis.)

FAB. Al menos segun él dice...

ELENA. Que entre... (Mientras que Fabian á buscar á D. Luis y toma su saco de noche.) ¡Pero este buen don Ignacio, que me habla de un jóven muy sencillo, muy juicioso, y me envía todo un elegante como ese!

RIC. Verdaderamente que es un mayordomo original.

LUISA. (Ap. y observando con sorpresa á D. Luis.) (Es el marqués de Valleumbrió, sí, le he visto varias veces en el colegio. (D. Luis entra y saluda.)

ELENA. Caballero... Usted es el señor de...

LUIS. Velasco, señora.

ELENA. Sí, Velasco, el... administrador, el... el mayordomo que don Ignacio...

LUIS. Justamente, señora.

ELENA. ¿Está usted seguro...

LUIS. ¡Oh! señora, ya lo creo. (Sonriendo.)

ELENA. En fin, muy bien, caballero. Damos á usted las gracias por querer consagrarnos sus conocimientos, su

ingenio, del que necesitamos verdaderamente, porque tenemos la desgracia de ser sumamente ricos. Sí, mi querida prima; (Doña Trinidad alza los hombros con desden.) digo la desgracia, porque para mi la riqueza es un peso, es la pura verdad: habia yo nacido para la pobreza, los sacrificios... hubiera sido una excelente hermana de la Caridad, ó bien como aquellas mujeres de las tribus errantes de mi tierra natal, hubiera recorrido los valles haciendo mi comida á la sombra de un cocotero... Esto es muy poético y me hubiera encantado... En fin, Dios lo ha dispuesto de otro modo, es preciso resignarse. For otra parte, esta fortuna es únicamente mia, y mi deber es conservarla para mi hija, aunque la pobre niña no es tampoco más amiga de la riqueza que yo: ¿No es verdad, Margaritá? (Esta responde con un gesto desdeñoso.) Fabian, va á enseñar á usted el pabellon que le está destinado. Pero ántes seria bueno que se presentara usted á mi padre político, don Pedro Novoa... Fabian, ve si don Pedro puede recibir al señor. (Se levanta con trabajo y abrigándose.) ¡Uf! Y bien, Doctor, ¿quiere usted venir á ver mi invernadero?

DOCT. Con mucho gusto, señora.

ELENA. Venga usted tambien, don Ricardo.

RIC. ¡Señora!

FAB. (Volviendo á entrar.) Señora, el señor va á bajar.

ELENA. ¡Ah! bueno; entónces puede usted esperarle aquí. (Á D. Luis.)

LUIS. Está bien, señora

ELENA. (Á Margarita.) Si quisieras tú quedarte para presentarle á tu abuelo...

MARG. Bueno, mamá.

ELENA. Hasta luégo, señor de Velasco. (Toma el brazo del Doctor y se aleja.)

RIC. Singular mayordomo. (Siguiéndolos.)

LUISA. (Saliendo con ellos y aparte.) Sea; guardémosle su secreto hasta nueva órden.

FABIAN ALFONSO



ESCENA III.

MARGARITA, D. LUIS, FABIAN en el fondo.

MARG. (Después de una pausa.) ¿Es la primera vez que viene usted á las Provincias Vascongadas?

LUIS. La primera, señorita.

MARG. Es un país que gusta mucho á los viajeros.

LUIS. ¡Oh! Señorita, es lo más pintoresco... Yo no he hecho más que atravesarle rápidamente; pero lo que he visto me ha encantado. ¡Qué valles sembrados de caseríos! ¡Qué montañas!... ¡qué bosques! ¡qué horizontes tan nebulosos!

MARG. ¡Ah! Es usted artista. (Con tono algo desdenoso.) Veo que le gusta á usted lo que es bello, lo que habla á la imaginación y al alma... La bella naturaleza, los bosques, las ruinas, las bellas artes!... Entonces se entenderá usted perfectamente con Luisa, que adora todas estas cosas, de las que yo no gusto mucho por mi parte.

LUIS. (Alegremente.) ¡Dios mío! ¿Y qué es lo que á usted le gusta, si se puede saber?

MARG. (Le dirige una mirada altanera que le corta la palabra, deja su labor y se aleja.) Voy á buscar á mi abuelo, Fabian. (Váse.)

ESCENA IV.

LUIS, FABIAN.

LUIS. Vamos, me olvido de que no tengo aquí el derecho de hablar como igual á nadie, excepto á este hombre... (Viendo á Fabian, que ha venido lentamente á ponerse á su lado.) ¡Ah! ¡es bien amargo!... Dígame usted, amigo mío, don Pedro Novoa es ya muy anciano, ¿no es verdad?

FAB. Mucho, sí, señor... ochenta y pico...

LUIS. Creo que es un bravo veterano, un guerrillero...

FAB. Un valiente guerrillero fué, allá, en la guerra de la In-

dependencia... Ya, ya verá usted arriba, en la galería, algunos cuadros de los combates en que se encontró... ¡Era un hombre terrible! ¡Siempre con la espada en la mano! Tiene muertos más franceses... Si ellos le hubieran podido coger... si hubieran podido...

LUIS. Por fin no pudieron...

FAB. No señor, no pudieron... ¡facilito era! ¡Ha sido un hombre tremendo! y todavía... Cuando se pasea solo por las tardes en la galería, soñando allá en sus peleas con los franceses, tiene momentos en que parece que se le va el juicio... y en que me da miedo, á mí, señor, no soy dueño de mí... me da miedo!

LUIS. ¡Bah!

FAB. Aquí le tiene usted.

LUIS. ¡Pobre viejo! ¡Á fé mia que no tiene el aspecto tan terrible!

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, D. PEDRO.

MARG. Por aquí, padre mío. (Haciéndole entrar.) Así... Es mi abuelo. (Á D. Luis) El señor de Velasco, el nuevo mayordomo. (Á D. Pedro.)

NOVOA. Bien, hija mía, bien: buenos días... (Mira á D. Luis y parece repentinamente sorprendido é inquieto. D. Luis, asombrado de aquella mirada, se calla.)

MARG. Pero hable usted, diga usted algo. (Á D. Luis, después de una pausa.)

LUIS. Dios mío, señorita... (Con embarazo.)

MARG. Hable usted... (Á su abuelo.) Padre mío, el nuevo mayordomo...

LUIS. Señor de Novoa, me considero muy dichoso en poder consagrar á usted mis servicios.

NOVOA. Pero no es posible... (Mirándole siempre con un aire de extravío creciente) ¡Murió! ¡murió!

LUIS. Cómo... (Á Margarita.)



- MARG. El otro mayordomo. (Hace señas á D. Luis para que continúe.)
- LUIS. ¡Ah! tanto más dichoso, señor de Novoa, cuanto que he oído hablar de sus gloriosos hechos de armas, y también cuento en mi familia militares que como usted han medido sus armas con los franceses.
- NOVOA. ¡Ah! ¡los franceses!.. (Levantándose.) Sí, ellos; pero caro lo han pagado. (Con extravío.) Ha habido sangre, mucha sangre!..
- MARG. ¡Padre mio!... (Á Luis.) Haga usted el favor de retirarse: vaya usted á reunirse con mi madre.
- LUIS. ¡Bonito principio! Entro con buen pie.)

### ESCENA VI.

MARGARITA, D. PEDRO NOVOA.

- MARG. ¡Padre mio! ¡padre mio! ¿Qué pensamientos te agitan?... Vuelve en tí: soy yo, Margarita, tu nieta...
- NOVOA. Tú... ¿Eres tú?... (Volviendo en sí poco á poco.) Sí... estás sola, ¿no es verdad? Pero ¿quién estaba aquí ahora?
- MARG. Era nuestro nuevo mayordomo, don Luis.
- NOVOA. Don Luis... No recuerdo... Es particular... había creído reconocer aquel rostro. Soy yo tan viejo, hija mia, he conocido tanta gente, hay tantos rostros que pasan como fantasmas por mi pobre memoria secular. ¡Y bien, hija mia, ese jóven tiene muy buenas maneras, segun parece.
- MARG. Sí, señor.
- NOVOA. Creo que me agradará. ¿Juega al ajedrez?
- MARG. Aún no lo sé.
- NOVOA. Veremos, veremos. (Riendo.)

### ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA TRINIDAD.

- TRIN. (Llegando apresuradamente.) ¡Ah! ¿cómo está mi querido

- primo? Acaban de decirme que estaba indispuerto y he corrido más muerta que viva.
- NOVOA. (Con alguna ironía.) Muy bien, prima, demasiado bien... No ha sido nada, un vahido...
- TRIN. ¡Ah! tanto mejor... ¿No quiere usted dar una vuelta por el terrado? El aire libre es muy saludable... Apóyese usted en mi brazo.
- NOVOA. Corriente, vamos... (Á Margarita.) Hasta luégo, hija mia! ¡Ah! pregúntale si juega al ajedrez.
- MARG. Bien, abuelito, bien.
- NOVOA. Pregúntaselo.
- TRIN. Despacio, despacito... Así. (Le va sosteniendo.)

### ESCENA VIII.

MARGARITA.

- ¡Esta escena me ha hecho daño, me ha turbado! Aquellas extrañas palabras... ¡Ah! Es la imaginacion debilitada de un anciano... Verdaderamente que hay momentos en que yo misma tengo pensamientos singulares... (Al volverse ve á su madre, que viene apoyada en el brazo de D. Luis, con quien sostiene una conversacion muy animada.) ¡Cómo! ¿mi madre toma el brazo de ese jóven!

### ESCENA IX.

D. LUIS, DOÑA ELENA, D. RICARDO, LUISA, MARGARITA.

- ELENA. (Entrando con D. Luis.) Exactamente lo mismo que yo. ¡Pensamos de la misma manera! Es admirable. Caballero... (Dejando su brazo y saludando. Luis se queda un poco detrás hojeando un libro.) Tú estás admirada, hija mia, ¿no es verdad? (Á Margarita.) También yo lo estoy... El hecho es, que es un hombre de muy buena educacion, habla muy bien; ha viajado mucho; piensa exactamen-



- te como yo. En fin, charlando, charlando, he olvidado enteramente su posición, y me he cogido á su brazo sin reparar lo que hacía... Creo, hija mía, que será muy mal mayordomo; pero es un hombre muy agradable. (Se coloca en su sillón á la izquierda.)
- MARG. Tanto mejor, mamá. (Toma de nuevo su bordado.)
- RIC. (Que se ha quedado en el fondo con las jóvenes de la escena primera.) Pero niñas, ¿ustedes quieren matarme? sea, aunque me suicide. (Adelantándose.) Reclamamos la terminación del vals que quedó interrumpido...
- MARG. ¿Cómo? ¿otra vez? Pero entonces, nunca acabaré esta tapicería, y quería enviarla esta tarde á Tolosa, para que el tapicero concluyese lo que á él le toca.
- RIC. En ese caso voy á perder mi pareja.
- LUIS. Si esta señorita lo permite, yo tocaré un vals.
- MARG. (Cambiando una mirada de sorpresa con su madre.) ¿Si usted quiere favorecernos? (Luis se pone al piano y toca.)
- ELENA. ¡Ahora toca el piano!
- RIC. ¡Mayordomo como este! (Dirigiéndose al terrado.) Otra vez soy de usted, Luisita; pero por poco tiempo; estoy cansado y se siente ya el calor. (Empezan á valsar y desaparecen.)
- ELENA. Hija mía, ¿sabes que esto empieza á inquietarme?
- MARG. ¿Por qué, madre mía? (Con gravedad.) Bien puede un hombre tocar el piano, y sin embargo ser un hombre honrado.
- ELENA. No diré lo contrario; pero al cabo no puede una acostumbrarse á la idea de que es un mayordomo, nunca me atreveré á darle mis órdenes... Y luego, ¿cómo quieres que un caballero tan perfilado atraviere á pie nuestros sembrados, y se manche en los barro de los caminos?... (Reparando en el álbum que Luis dejó al entrar sobre el velador.) ¡Es imposible! ¿Qué álbum es este?
- MARG. Me parece que le tenía en la mano cuando entró.
- ELENA. No faltaba más que esto. (Abriendo el álbum.) ¡Dibuja! y muy bien por cierto... Mira, mira...
- MARG. Sí; está muy bien dibujado.

- RIC. (Entrando en el salón.) ¡No puedo más á fé mía, no puedo más!... Me doy por vencido... Renuncio al baile. (Cayendo en una butaca.) Gracias, señor mío, gracias, gracias; (Á D. Luis.) toca usted admirablemente.
- LUIS. Caballero... (Levantándose del piano y saludando.)
- ELENA. Perdone usted nuestra indiscreción, señor de Velasco, ¿ha dibujado usted esto?
- LUIS. Señora, yo dibujo... un poco; pero este álbum no vale nada...
- ELENA. Sí tal, sí tal; vea usted, don Ricardo, ¡qué sombras, qué contornos, qué detalles!
- RIC. No haría más Salvador Rosa.
- ELENA. ¿De dónde está tomada esta vista?
- LUIS. Señora, del parque del príncipe de Villa-Altieri, en Sicilia.
- RIC. ¿De Villa-Altieri? Sí, yo he pasado por allí; pero no pude ver el parque porque el príncipe no permitía la entrada á los extranjeros.
- LUIS. Es cierto, no permite á todo el mundo... (Deteniéndose y con una transición.) Pero señora, la benevolencia de usted me hace olvidar demasiado tiempo mis deberes. Con permiso de usted, y para tomar posesión de mi cargo desde este momento, voy á visitar la granja de Alsásua, de que hablábamos hace un momento, y que creo que se halla á una legua de aquí.
- ELENA. ¿Mi granja de Alsásua?... Sí... pero ha llovido estos días, y el camino estará intransitable. Esperemos á que la estación esté más adelantada. (Ap.) ¡Cuidado, que es embarazoso un mayordomo semejante!
- LUIS. (Con tono alegre.) No señora, no, no esperaré ni un solo día. ¡Ó soy mayordomo ó no lo soy!
- ELENA. Sí, pero veamos... (Viendo á Fabian que aparece en el jardín regando flores.) ¡Fabian!



ESCENA X.

DICHOS, PABIAN.

- FAB. Señora...
- ELENA. ¿Cómo haríamos para que no fuera á pie el señor de Velasco á la granja de Alsásua?
- FAB. Se podría enganchar la tartana aquella que fué del padre cura, aunque tiene mal movimiento y está algo rota... (Doña Elena le hace señas de que se calle.) Pero es el caso que el camino es de herradura y...
- ELENA. Pero mi berlina, ¿no podría...
- LUIS. Señora, suplico á usted...
- FAB. Cuando digo que el camino es de herradura, y en algunos sitios tan estrecho que no podrán pasar juntos dos caballos...
- LUIS. Señora yo iré perfectamente á pie...
- ELENA. No lo permitiré... cierto que en casa hay media docena de caballos de silla, que están deseando que los den un paseo, y si usted montara... Pero probablemente usted no...
- LUIS. ¿Por qué no?... Pero siento, incomodar.
- ELENA. Fabian, que ensillen un caballo... ¿Cuál será más dócil Margarita?
- RIC. Que le den á Pluton.
- MARG. ¡No, Pluton, no!
- LUIS. ¿Y por qué no, señorita?
- MARG. Porque es un potro sin domar y le arrojaría á usted al suelo.
- LUIS. Si no es más que eso, (á Fabian.) que ensillen á Pluton. ¿es tan temible ése potro?
- RIC. No es cosa... El montar (Con sorna.) es lo difícil... Luego, una vez en la silla y con espuelas... ¿Quiere usted las mias?
- MARG. ¡Don Ricardo! (Con tono de reconvención.)
- LUIS. Doy á usted gracias, caballero, y acepto su ofreci-

miento.

- RIC. (Junto á la ventana como dando órdenes á una persona colocada fuera.) Da mis espuelas á este caballero.
- LUIS. Señoras... (Saludando.)
- ELENA. ¿Nos hará usted el honor de comer con nosotros?
- LUIS. ¡Señora! (Váse.)
- RIC. ¡Singular mayordomo!

ESCENA XI.

DICHOS, ménos LUIS y FABIAN.

- MARG. Pero, don Ricardo, no comprendo á usted... Quieré usted que se mate?
- RIC. Deje usted que...
- ELENA. ¿Pero verdaderamente hay peligro? Porque entonces...
- RIC. No hay peligro, señora, caerá sobre la yerba... No conocen ustedes que merece una leccion?
- ELENA. ¿Y por qué?
- RIC. ¡Es un vanidoso!... No ha querido hacernos creer que es amigo del príncipe de Villa-Altieri?
- ELENA. ¡El no ha dicho eso, usted lo supone!... ¡Oh! si hay peligro voy á llamarle... (Se acerca á la ventana acompañada de Margarita; D. Ricardo y Luisa se colocan un poco detrás.)
- RIC. No tenga usted cuidado... (Mirando por la ventana.) ¡Ahí está Pluton!... Es un verdadero diablo... si hay diablos petros... ¡Oh! como el otro se le arrime... vaya una onza de oro contra un duro á que no llega á colocarse en la silla? ¿No hay quien apueste por él?
- MARG. Yo apuesto.
- RIC. ¡Corriente!
- ELENA. Don Ricardo, no me gustan estas bromas...
- RIC. ¡Ah! ya se acerca al estribo... ¡Bueno, paf! ¡Patapan!... vaya un bote... Cuando digo que no monta... ¡Paf! otro... Usted ha perdido, Margarita.
- MARG. ¡He ganado!
- RIC. ¡Diantre! ¡Ha montado sin poner el pie en el estribo!...



Pero este hombre viene de Madrid y habrá trabajado en el Circo de Price...

MARG. Diga usted lo que quiera, es nuestro maestro. (Lo aplaude.)

RIC. ¡Sí, bravo, bravísimo! (Aplaudiendo también.) Me desagrada soberanamente este mocito.) (Ap.)

ELENA. ¡Cuando digo que es un jóven que me encanta! (A Doña Ricardo.)

RIC. ¡Sí, encantador, encantador... mayordomo!

MARG. (¿Quién es este hombre?) (Ap. pensativa.)

LUISA. (¿Cuándo he soñado yo que era marquesa?) (Lo mismo.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Una plazaola de la posesion de Novoa, en la cual vienen á desembocar varias calles de árboles: debajo de los del foro un dolman que se verá distintamente; un banco de césped al pie de un árbol de la derecha; sillal y bancos de jardín.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, FABIAN, que saca un asiento de jardín y un velador.

LUIS. Ponga usted ahí ese asiento; supuesto que por esta tarde no tengo nada mejor que hacer, voy á entretenerme en dibujar esos árboles y ese dolman.

FAB. ¡Ah! sí, el dolman; por cierto que el señor cura tenía mucho empeño en que le quitaran de aquí... pero la señorita no ha querido... Dice que es el mejor ornamento del jardín... y al fin le han dejado.

LUIS. Esta mañana, segun me han dicho, ha salido usted á dar un paseo á caballo con la señorita.

FAB. Sí señor. (Sonriéndose.)